

InfoEvento 24

La economía política y social del cuidado

Informe de la conferencia de UNRISD

6 de marzo de 2009, Barnard College, Columbia University, Nueva York

Este documento es la traducción al español de la publicación de UNRISD *The Political and Social Economy of Care* (Conference News, UNRISD/CN24/09/2, September 2009). La versión en español no es una publicación formal de UNRISD.

Contenido

Introducción

Sesión inaugural: (Re)formulación del cuidado: Norte y Sur, pasado y presente, investigación y realidad

Primera sesión: Respuestas de los estados al cambio social en Europa, Argentina y la República de Corea

Segunda sesión: El familismo amplio: India, Nicaragua y Tanzania

Tercera sesión: La desfamilización del cuidado: Papel de los proveedores públicos, privados y comunitarios del cuidado

Cuarta sesión: Elaboración de una agenda de políticas para el cuidado: Papel de los actores políticos

Comentarios finales

Programa

Participantes

Introducción

Los parámetros de la prestación de cuidados han cambiado enormemente en las dos o tres últimas décadas, a medida que se ha intensificado la integración de la mujer a la fuerza laboral en distintos contextos regionales, se han transformado las estructuras familiares (en algunas regiones se observa una mayor incidencia de hogares con hijos cuya manutención depende principalmente de la mujer) y los cambios demográficos, epidemiológicos y socioculturales han creado nuevas demandas de cuidados y una nueva visión sobre lo que ha de entrañar el “buen cuidado”.

Por ‘cuidados’ se entiende comúnmente las actividades que se llevan a cabo en los hogares y los vecindarios y que se estructuran con base en las relaciones de parentesco y comunidad: el cuidado de niños y adultos, ya sean sanos, enfermos o frágiles. Pero el cuidado no remunerado implica numerosas tareas adicionales, como la preparación de los alimentos y la limpieza de la casa, la ropa y utensilios, menesteres estos que consumen gran tiempo en muchos países pobres donde el acceso a una infraestructura apropiada y una tecnología que requiera de poca intervención humana es limitado. Igualmente, la provisión de cuidados ha venido transfiriéndose, de forma paulatina y creciente, desde el hogar hacia el mercado, el Estado y las instituciones sin fines de lucro.

La forma en que la provisión de cuidados se organiza y divide entre el hogar, el mercado, el Estado y las instituciones sin fines de lucro tiene importantes implicaciones tanto para aquellos que tienen acceso a un cuidado adecuado como para quienes asumen la carga que los cuidados representan. Los académicos y activistas feministas han señalado en reiteradas ocasiones que la división actual del trabajo del cuidado dista mucho de ser equitativa. Por el contrario, existe lo que los economistas llaman un problema de “parasitismo” es decir,

algunas personas y grupos sociales (en su gran mayoría mujeres y niñas, en especial entre las familias de bajos ingresos) absorben el grueso del trabajo mientras que el resto de la sociedad aprovecha los resultados de su labor. El hecho de que la mayor parte de los cuidados se preste sin remuneración alguna no significa que no entraña un costo. Debido a que las mujeres y las niñas asumen la mayor parte del cuidado no remunerado, tienen menos tiempo para dedicar a un empleo pagado, al cuidado personal, el descanso, el esparcimiento, la organización y la participación política. Por lo tanto, la economía política y social del cuidado es fundamental para la igualdad de género.

Aunque la cuestión del cuidado figura con creciente frecuencia en las agendas de investigación y de política de los países industrializados avanzados, no se trata de una tendencia generalizada. En los 25 últimos años, la investigación feminista sobre los estados de provisión institucionalizada ha generado una amplia documentación que pone en tela de juicio muchas de las premisas y limitaciones de la bibliografía convencional sobre la política social. El cuidado ha sido un tema central en estos debates. No obstante, esta investigación ha sido realmente muy local: muchas de las tendencias que documenta no son universales, y no todas las opciones de política que aborda son transferibles. Esto es particularmente cierto en un contexto de desarrollo, donde la provisión formal de servicios sociales está menos institucionalizada. Los sistemas de cuidados de los países en desarrollo no han recibido el mismo nivel de atención académica que los estados de provisión institucional. En efecto, es poco lo que se conoce sobre las condiciones bajo las cuales se prestan servicios de cuidado en los países en desarrollo.

A fin de llenar ese vacío en la investigación, UNRISD ha venido ejecutando desde 2006 un proyecto comparativo que incluye ocho estudios de país y un conjunto de documentos temáticos. La (re)formulación y el análisis del cuidado en un contexto de desarrollo plantea varias preguntas vitales: ¿Qué modalidad adoptan los regímenes de cuidado en distintos países en desarrollo?; ¿De qué forma estos regímenes combaten o profundizan las desigualdades existentes (en especial de clase y género)?; ¿Las familias y los hogares (con toda su diversidad) son los únicos sitios donde se produce el cuidado?; ¿Es necesario distinguir entre formas *diferentes* de familismo?; ¿Cómo responden los estados a los cambios estructurales y las normas socioculturales que delimitan las necesidades de cuidado?; ¿Los temas relativos al cuidado han ingresado al debate público?; ¿Qué fuerzas han contribuido a aumentar su visibilidad y cuáles han sido sus consecuencias?; ¿Cuáles deberían ser las prioridades de política en cada contexto?

La conferencia que tuvo lugar en el Barnard College (Columbia University) de Nueva York reunió a académicos de diversos países y disciplinas para reflexionar sobre estas interrogantes, a partir de las diversas experiencias de países del Asia, América Latina y el África Subsahariana, así como sobre los debates más amplios relativos al cuidado con base en los resultados de investigaciones realizadas en Europa y América del Norte.

Sesión inaugural: (Re)formulación del cuidado: Norte y Sur, pasado y presente, investigación y realidad

Las ponencias que se hicieron durante la sesión inaugural abordaron el lugar que ocupa el cuidado en la investigación y la realidad, el pasado y el presente, el Norte y el Sur, con lo cual se definió el contexto en el que se presentarían los resultados de las investigaciones de país en las sesiones subsiguientes. Joan Tronto habló de la forma en que la búsqueda de un crecimiento ilimitado ha conducido hoy en día a un importante “desorden del cuidado”, mientras que Elizabeth Jelin se refirió a los debates académicos y políticos sobre la reproducción social y el cuidado desde los años setenta. Shahra Razavi, Coordinadora de Investigación, agregó otra dimensión a la (re)formulación del cuidado: Además de entender el cuidado como un sector, también es importante concebirlo como una perspectiva, como un

lente a través del cual pueden examinarse políticas y procesos más amplios, sobre todo en el contexto de los países en desarrollo.

En su discurso de orden, **Joan Tronto** hizo un resuelto llamado a trascender los juegos de cuentas de un “mundo sin límites”. En su opinión, buena parte de la marginación del cuidado obedece a la creencia en la creación ilimitada de riqueza y ganancias constantes en eficiencia, ideas estas profundamente arraigadas en el pensamiento económico contemporáneo. En este marco, el cuidado se concibe como un esfuerzo oneroso y dilemático, porque tiende a ir a contracorriente de los límites de los cuerpos humanos y relaciones humanas frágiles. En un mundo sin límites, el cuidado padece la llamada “enfermedad de los costos” debido a su resistencia al aumento de la productividad, y provoca el “dilema de la persona amable”, según el cual los proveedores de los cuidados quedan excluidos de una estructura económica que premia la participación en la economía remunerada pero que ofrece poca o ninguna compensación por el cuidado.

Este dilema se impone a las familias y personas, y desata un ciclo vicioso en el cual se profundizan las desigualdades sociales, étnicas y de género existentes. Si el precio del cuidado aumenta, aquellos que llevan ya la ventaja en otros sectores de la vida social y económica pueden también costearse más y mejores servicios de cuidado. En el caso de los niños, el recibir menos cuidados o un cuidado de menor calidad posiblemente conduzca a mayores desigualdades en el futuro. A nivel mundial, la comodificación del cuidado profundiza las divisiones, ya que muchos países pobres “exportan” estos servicios hacia países que pueden pagar un precio más alto por ellos. Finalmente, existe un creciente déficit de cuidados que en diferentes países representa una amenaza a la salud, el cuidado y la seguridad básica de los niños que se quedan sin una supervisión adecuada a cargo de adultos.

“Podemos abordar estas desigualdades *al interior* del paradigma de crecimiento ilimitado, pero no lograremos [resolverlas]”, explicó Tronto. La única forma de crear una visión alternativa—“genuinamente democrática e incluyente”—parte de reconocer los límites, incluidos los límites del cuerpo humano y el medio ambiente mundial. Esto pasa por comprender a cabalidad y asumir el cuidado como una actividad que “incluye todo aquello que hacemos para mantener, continuar y reparar nuestro ‘mundo’ de forma de poder vivir en él lo mejor posible. Ese mundo incluye nuestros cuerpos, nuestras personalidades y nuestro entorno, todos los cuales buscamos interrelacionar en una red compleja que sustenta la vida”. El entender el cuidado *no* como un prerrequisito para el crecimiento económico, sino como el centro mismo de la vida humana, permitiría cambiar las prioridades y pasar del “hacer dinero” (o “hacer cosas”) al “lograr vidas vivibles” y “enriquecer las redes y relaciones de cuidados”. En este mundo alternativo, las necesidades físicas, emocionales y de relacionamiento de los seres humanos establecerían los límites dentro de los cuales se abordarían otras inquietudes (incluidos el crecimiento económico, el empleo y la organización institucional).

¿Cómo se crearía una nueva política democrática del cuidado? ¿Quién se beneficiaría de un movimiento político de esta naturaleza? A fin de generar un sentido de solidaridad, Tronto propuso recurrir a un componente básico, y en buena medida menospreciado, del cuidado, a saber, la parte receptora. Solo si se piensa en *todos* los seres humanos—no únicamente en los frágiles y vulnerables—como *receptores* continuos de cuidados podrá lograrse la unidad de los *proveedores* de cuidados. Es mediante la articulación de nuestras propias vulnerabilidades que estaremos menos propensos a distanciarnos del cuidado y tendremos mayores posibilidades de percibirlo como una actividad que es fundamental, y no marginal, para nuestras vidas.

El actual “desorden del cuidado” erige obstáculos para la movilización colectiva. Entre dichos obstáculos resaltan las concepciones contemporáneas de democracia, que han tendido a omitir la necesidad de recibir y brindar cuidados. El hacer del cuidado una prioridad política podría entonces constituir la base de la próxima revolución democrática. Una política genuinamente

democrática del cuidado se caracterizaría no solo por su oposición a una economía política basada en la idea del crecimiento ilimitado, sino también por un sólido compromiso con la igualdad, incluida la igualdad de acceso a buenos cuidados para todos los seres humanos. Esta política de oposición obliga a sus actores a entenderse como agentes y, *al mismo tiempo*, dependientes: “De no producirse este cambio de conciencia, chocaremos con la realidad de un mundo sin límites a nuestro propio riesgo”, sostuvo Tronto.

En su discurso de orden, **Elizabeth Jelin** se remontó a los años setenta a fin de explorar las conceptualizaciones pasadas y presentes del ámbito doméstico, donde se brinda el grueso del cuidado bajo la forma de trabajo no remunerado y, en su mayor parte, femenino. Estableció paralelos entre los debates feministas sobre los modos domésticos y capitalistas de producción a partir de la obra de Claude Meillassoux titulada *Maidens, Meal and Money: Capitalism and the Domestic Community* (1981)¹, y análisis más recientes sobre el papel de las familias en los regímenes de previsión social inspirados en la obra de Gøsta Esping-Andersen (1990)².

El trabajo de Meillassoux examina los diferentes modos de producción y su función en las economías capitalistas. Sostenía el autor que en la transición hacia el capitalismo, la “comunidad doméstica” se vio despojada de sus funciones productivas, pero mantuvo un papel esencial en la producción y reproducción de fuerza laboral para el sistema capitalista. Se desataron encendidos debates en torno al tipo de “producto” que representaba esta fuerza laboral y si esta había sido producida como valor de uso o valor de cambio. Las feministas señalaron inmediatamente las limitaciones de la teoría de Meillassoux, entre ellas su uso antihistórico de la categoría “mujer” y la ambigüedad de sus conceptos. No obstante, sostuvo Jelin, la atención al papel de la comunidad doméstica y la familia *al interior* del contexto económico más amplio fue el punto de partida de lo que hoy se analiza como el “cuidado”.

Hoy en día, los hogares y las familias siguen siendo la pieza central de los procesos económicos y sociales. No obstante, la reproducción física, social, emocional y moral diaria de los seres humanos no se refleja en los sistemas de cuentas nacionales en la medida en que se lleve a cabo en el hogar y no sea remunerado. Esta invisibilidad de las familias y la contribución del trabajo no remunerado de las mujeres a la previsión social continuaron siendo un tema contencioso durante los años noventa. En efecto, la obra de Esping-Andersen titulada *Three Worlds of Welfare Capitalis* —en la cual el autor describe las relaciones entre los mercados y los estados y sus respectivos papeles como piezas centrales del funcionamiento de los distintos regímenes de previsión social—no prestó atención alguna a la función de los hogares y las familias en la prestación de previsión social. El análisis crítico de su obra generó una bibliografía feminista empíricamente sólida y teóricamente informada que cuestiona las concepciones convencionales de la política social y el Estado benefactor, y los trabajos posteriores de Esping-Andersen (1999)³ incorporaron el hogar al análisis de los regímenes de previsión social. En contraste con la obra de Meillassoux, sostuvo Jelin, la documentación reciente sobre el régimen de previsión social no se limita a la relación entre el capitalismo y la comunidad doméstica, sino que en su lugar se ocupa de una serie de instituciones distintas que participan en la provisión de bienestar social.

Esta creciente complejidad analítica aleja a las corrientes de análisis actuales de este tipo de “grandes teorías” sobre las cuales se basó el trabajo de Meillassoux. Pero mientras lo que este quería y estaba en capacidad de hacer era aplicar sus hipótesis a África y Europa por igual, los

¹ Meillassoux, Claude. 1981. *Maidens, Meal, and Money: Capitalism and the Domestic Community*. Cambridge University Press, Nueva York. La versión original en francés fue publicada en 1975 con el título *Femmes, greniers et capitaux*.

² Esping-Andersen, Gøsta. 1990. *The Three Worlds of Welfare Capitalism*. Polity Press, Cambridge.

³ Esping-Andersen, Gøsta. 1999. *Social Foundations of Postindustrial Economies*. Oxford University Press, Oxford.

trabajos contemporáneos sobre los regímenes de previsión se fundamentan casi de forma exclusiva en la experiencia de las economías capitalistas avanzadas. Su interés en el acceso y los derechos a la previsión social y la dignidad hacen del *Estado* un elemento fundamental para el análisis. De allí que sus teorías sean menos aplicables a la otra mitad del mundo donde los hogares, las familias y las comunidades desempeñan un papel predominante en la prestación de servicios sociales.

En su discurso de la sesión inaugural, **Shahra Razavi** se explayó en el tema de Jelin sobre la necesidad de (re)formular el cuidado en un contexto de desarrollo, para lo cual explicó una serie de interrogantes que surgieron del proyecto de UNRISD. Aprovechando el trabajo de Jane Jenson (1997)⁴, Razavi argumentó que conviene pensar sobre el cuidado como si se tratase de una *perspectiva o lente*, en lugar de entenderlo como un sector o conjunto específico de actividades. Dado que los buenos cuidados requieren de una variedad de recursos, incluidos los recursos materiales, tiempo y aptitudes, la existencia de políticas o estructuras más generales pueden facilitar o entorpecer la provisión del cuidado. Esto resulta de particular importancia en un contexto de desarrollo, donde no es posible dar por hecho muchas de las precondiciones que deben existir para suministrar cuidados. Entre tales precondiciones cabría señalar la infraestructura y tecnología apropiadas para aumentar la productividad del trabajo doméstico no remunerado, así como la disponibilidad de trabajo remunerado para percibir un salario decente con el cual adquirir algunos bienes necesarios para la provisión de cuidados (como alimentos nutritivos para la familia y dinero para el transporte a fin de llegar al centro de salud más cercano). En consecuencia, no podemos suponer a priori que los procesos de crecimiento y desarrollo económico traen consigo el mejoramiento de la provisión del cuidado y el bienestar humano. La pregunta que cabría hacer en su lugar sería si la acumulación de capital –una necesidad para los países en desarrollo– facilita la provisión de cuidados y mejora el bienestar humano, o si lo primero ocurre a expensas de lo segundo.

A pesar de que tanto el bienestar como el cuidado se prestan principalmente a través de redes y relaciones familiares informales, el concentrarse exclusivamente en las familias y los hogares puede resultar engañoso. La analogía del “diamante del cuidado” que propone el proyecto ilustra la multiplicidad de sitios e instituciones que participan en la provisión de cuidados. Las familias y los hogares, los mercados, el sector público y las organizaciones sin fines de lucro trabajan de una manera compleja, y la división entre ellos no está claramente definida ni es estática. Si bien las familias y los hogares son el fundamento de la prestación de cuidados en casi todos los países, existe una gran diversidad entre los países en desarrollo con respecto a la capacidad (fiscal y administrativa) del Estado y su disposición a prestar servicios sociales y de cuidado y aplicar medidas integrales de previsión social. Entre los seis países del proyecto se observa también una marcada variación en cuanto al énfasis de la “familización” (por ejemplo, permisos no remunerados para prestar cuidados, transferencias por concepto de prestación de cuidados y prestaciones sociales vinculadas a la prestación de cuidados, como créditos de pensión por cuidar de los hijos o familiares enfermos) o la “desfamilización” (prestación pública de servicios de cuidados o servicios prestados por el mercado) de sus políticas sociales. El énfasis sobre las políticas sociales permite además trascender una agenda (que actualmente llevan adelante algunas instituciones multilaterales) que se centra exclusivamente en las intervenciones a nivel micro con el fin de aumentar el número de hombres que se ocupan del cuidado. De acuerdo con Razavi, estas medidas a nivel micro para promover la paternidad, por ejemplo, son realmente insuficientes, al menos en el caso de muchos países en desarrollo, donde se requiere hacer mucho más para aplicar políticas, programas y cambios estructurales que puedan ayudar a redistribuir los costos de la prestación de cuidados entre las clases sociales y permitan a las mujeres renegociar con los hombres sus responsabilidades en cuanto a la prestación de cuidados.

⁴ Jenson, Jane. 1997. “Who cares? Gender and welfare regimes.” *Social Politics*, Vol. 4, No. 2, pag. 182–187.

Para concluir, Razavi se refirió al problema del “pluralismo de la previsión” en un contexto de desarrollo, donde los cuidados se reparten excesivamente entre los distintos elementos que componen el diamante del cuidado. En teoría, los gobiernos pueden organizar la mezcla de prestación pública, privada y comunitaria del cuidado, a fin de garantizar el suministro de servicios accesibles para todos, así como buenas condiciones laborales para los trabajadores. Pero para ello se requiere un Estado que cuente con la capacidad fiscal y normativa necesarias para regular a los proveedores no estatales de cuidados, hacer cumplir las normas de calidad y suscribir algunos de los costos del servicio para los usuarios de bajos ingresos. También requiere de la voluntad política para invertir en servicios básicos de salud pública y educación, así como en la infraestructura adecuada, que han de constituir las bases de la previsión social para reducir la carga del cuidado no remunerado que recae sobre las familias y los hogares. Sin embargo, la razón por la cual los gobiernos a menudo forjan alianzas público-privadas es ahorrar costos (especialmente por concepto de personal). En consecuencia, sostuvo Razavi, debe prestarse particular atención al tipo de empleo que la mezcla público-privada ofrece a su fuerza laboral. El pluralismo en la provisión de servicios sociales y de cuidados puede tener resultar en desigualdad, y hasta exclusión, en contextos donde el Estado no logra asumir el liderazgo. En sociedades históricamente más desiguales, el pluralismo puede fácilmente desembocar en fragmentación a medida que los vacíos creados son ocupados por proveedores que ofrecen servicios de calidad diversa para segmentos diferentes de la población según la capacidad de estos para adquirirlos. En estos contextos, el Estado puede suscribir la provisión privada (de servicios de salud, pensiones y cuidado) para los más pudientes por medio de subsidios, mientras canaliza magros recursos hacia servicios de salud, educación o cuidados públicos o “comunitarios” de baja calidad hacia una mayoría que podría verse obligada a hacer contribuciones en especie o “por debajo de la mesa” para poder recibirlos.

Primera sesión: Respuestas del Estado al cambio social en Europa, Argentina y la República de Corea

Los grandes cambios económicos, demográficos y sociales que se han registrado en el transcurso de las últimas décadas han tenido importantes consecuencias para la organización del cuidado. Entre estos cambios cabría destacar la disminución de las tasas de fecundación; cambios en las formas de unión matrimonial, así como en las estructuras de las familias y los hogares; el envejecimiento; y las migraciones. ¿Cómo están respondiendo los estados a estos cambios? ¿Cómo están (re)asignándose las responsabilidades financieras y de prestación de cuidados en estos nuevos contextos?

En su presentación, **Mary Daly** hizo una exposición general sobre las tendencias en el contexto europeo, y en particular sobre las motivaciones y sustentos ideológicos de las reformas contemporáneas relacionadas con el cuidado en las áreas de la salud, la protección social, la familia y las políticas de empleo. La investigadora sostuvo que las reformas no obedecen realmente a un interés por el cuidado mismo, sino a lo que se percibe como una exigencia demográfica, social y económica. Aparte del instrumentalismo económico que rodea la activación del mercado laboral y la inversión en el desarrollo y el bienestar de los niños como “ciudadanos y trabajadores del futuro”⁵, las políticas sobre el cuidado parecen obedecer a inquietudes relacionadas con la familia como institución clave para la creación y el mantenimiento del tejido y orden sociales. Aunque la diversidad es la característica determinante de las medidas de política (incluidos los fondos, servicios y tiempo para el cuidado, así como su peso relativo en cada entorno nacional), el retiro del Estado se destaca como característica común entre todos los países, incluso en aquellos con una larga tradición de servicios sociales y de cuidados a cargo del sector público. Más aun, parece estar formándose un consenso en torno a algunas ideas clave sobre el vínculo entre el papel de la familia y el mercado que a la postre sustentan la formulación de las políticas sociales.

⁵ Lister, Ruth. 2003. “Investing in the citizen-workers of the future: Transformations in citizenship and the state under New Labour”. *Social Policy and Administration*, Vol. 37, No. 5, pag. 427–443.

En el análisis saltan a la vista cinco tendencias. En la primera, los gobiernos tratan, cada vez en mayor medida, a todas las mujeres como trabajadoras, buscando con ello aumentar la proporción de hogares con doble ingreso; y en la segunda, consideran deseable la participación del padre en la vida familiar. En la tercera tendencia, el bienestar y desarrollo de los hijos ha venido convirtiéndose paulatinamente en una preocupación independiente de la política social como inversión en capital humano, lo que conduce a la cuarta tendencia: se considera necesario que exista cierto grado de cuidado no materno del niño. Finalmente, se observan diversos debates (que se fomentan principalmente desde las áreas de la salud y las pensiones) sobre el cuidado de los adultos mayores con distintas combinaciones de autosuficiencia y financiamiento público. Aunque las dos primeras tendencias encuentran sus raíces en el pensamiento y los movimientos feministas, Daly manifestó que sus bases descansan menos sobre inquietudes relacionadas con la igualdad de género y más sobre duras consideraciones económicas. Por una parte, los hogares tradicionales (padre como sostén de la familia, madre como proveedora de cuidados) se entienden ahora como un modelo costoso, por lo que las familias con doble ingreso que puedan apañárselas por sí solas se han convertido en la norma deseada. Por la otra, los responsables de la formulación de políticas esperan que el fortalecimiento de los lazos entre padres e hijos pequeños contribuya al desarrollo infantil y aumente las probabilidades de que los hombres se ocupen de sus hijos en etapas posteriores, con lo cual se aliviarían los presupuestos públicos de ayuda por hijos.

Las políticas de conciliación de la familia y el trabajo se han convertido en un tema relevante del debate sobre el cuidado en Europa. En opinión de Daly, estas políticas no responden únicamente al deseo de aumentar el empleo de los progenitores a través de regulaciones sobre horas laborales y permisos que faciliten la participación de ambos padres en la economía remunerada; otro objetivo es el suavizar los extremos y armonizar las instituciones familiares y de mercado, porque la calidad de la vida en familia a corto plazo se percibe como un elemento crucial para mantener el orden social a largo plazo. Esta percepción va de la mano con el reconocimiento de los límites de los procesos de individualización y desfamilización. Esto ha generado políticas que confieren a las familias más derechos para brindar cuidado y tratar de armonizar las instituciones y los ámbitos de la vida.

Daly concluyó sus comentarios con el argumento de que los estados europeos están “irremediablemente confundidos”, por lo que sus políticas de cuidado apuntan hacia varias direcciones a la vez. Una mayor provisión de servicios de cuidados (desfamilización y comodificación) aportan incentivos a las familias de doble ingreso. Al mismo tiempo, el aumento de los derechos de tiempo (como permisos para prestar cuidados, reducción de las jornadas laborales, horas flexibles) permite a los padres brindar más cuidados (familización y descomodificación). En consecuencia, no existe una única tendencia hacia un “modelo de trabajador adulto”⁶. También, sostuvo Daly, habría que aclarar la tendencia hacia la individualización, dado que las políticas apuntan hacia los niños *en* las familias, *en* las comunidades y *en* los mercados, así como hacia las mujeres y hombres incorporados a contextos familiares. Por lo tanto, el cuidado sigue suministrándose a través de una mezcla de la que forman parte estados, mercados, sector voluntario y familias. Las mujeres deben cumplir en grado creciente un doble papel—como proveedoras de cuidado y sostén familiar—y la igualdad de género pierde su prioridad a favor de inquietudes relativas a las finanzas públicas, la inversión en los niños como ciudadanos trabajadores del futuro y la calidad de la vida familiar como factor de estabilización del orden social a largo plazo.

⁶ Lewis, Jane y Susanna Giullari. 2005. “The adult-worker-model family and gender equality: Principles to enable the valuing and sharing of care.” En Shahra Razavi y Shireen Hassim (eds.), *Gender and Social Policy in a Global Context: Uncovering the Gendered Structure of “The Social”*. UNRISD y Palgrave, Basingstoke.

La exposición de **Ito Peng** recogió buena parte de las observaciones de Daly. En primer lugar, expresó la ponente, los motivos económicos han sido el propulsor clave de las recientes reformas de la política de cuidados en la República de Corea. Estas reformas indican una posible modificación del régimen que se ha basado históricamente en el modelo del padre como sostén de la familia y un marcado familismo. En efecto, el apoyo del Estado en forma de tiempo, dinero en efectivo y servicios a cambio de la prestación de cuidados ha aumentado desde 2003, principalmente bajo la bandera de las políticas de conciliación del trabajo y la familia. La duración del permiso postnatal plenamente remunerado se ha extendido a 90 días tanto para las trabajadoras regulares como las no regulares (es decir, las trabajadoras temporales y de jornada diaria), y se ha introducido un permiso de paternidad de tres días. El gobierno buscó también aplicar regulaciones sobre medio tiempo y horas flexibles. Además, los padres con un empleo regular tienen ahora derecho a nueve meses de permiso postnatal durante los cuales pueden recibir una subvención mensual del Estado. Las prestaciones monetarias por hijo se han aumentado y ampliado, como han aumentado también los servicios de guardería, de 2,000 centros que existían en 1990 a casi 30,000 en 2007. Muchos de estos centros están en manos de instituciones privadas con y sin fines de lucro que el Estado regula estrictamente y subsidia generosamente.

Una combinación de factores demográficos, económicos y políticos interconectados ha llevado a este cambio sin precedentes en la política social a favor de las familias y los hijos en la República de Corea. En primer lugar, la marcada caída de las tasas de fecundación y el rápido envejecimiento de la población han creado preocupación en torno a la escasez de mano de obra en un país que, a lo largo de toda su historia, ha sido poco receptivo a la inmigración. En segundo lugar, desde la crisis económica asiática de 1997, la República de Corea ha estado luchando por revigorizar su economía y generar empleo. En respuesta a la crisis económica y las condiciones de ayuda del Fondo Monetario Internacional (FMI), el gobierno coreano emprendió una profunda reestructuración del mercado laboral, que incluyó la desregulación y flexibilización. Este proceso socavó el modelo del padre como sostén de la familia, a medida que los “salarios familiares” fueron progresivamente desapareciendo. Al mismo tiempo, el número creciente de mujeres que se sumaban a los mercados laborales redujo el tiempo disponible para el trabajo no remunerado. En tercer lugar, los movimientos de mujeres y los “femócratas”, cuya representación en el gobierno ha venido aumentando en los diez últimos años, han estado exigiendo la igualdad de género. Para poder atender las distintas demandas, el gobierno giró hacia políticas de “inversión social” dirigidas a movilizar la fuerza laboral femenina e incrementar la fecundación por medio de la expansión de las opciones para conciliar el trabajo con la vida familiar. Al mismo tiempo, la ampliación de los servicios de cuidado infantil se consideró una ruta para crear trabajo e invertir en capital humano, así como una forma de responder a algunas de las demandas del movimiento de mujeres. Si bien esta lógica ha propulsado cambios importantes, también se basa en una definición muy limitada del cuidado: el cuidado de los dependientes, principalmente de niños y adultos mayores. La satisfacción de sus necesidades se percibe ahora como una condición

预览已结束，完整报告链接和二维码如下：

https://www.yunbaogao.cn/report/index/report?reportId=5_21056

